

radado en su centro proporcionalmente al espigón que debía recibir.

En muchos casos la quicialera era el mismo larguero de la puerta prolongado en el espigón de meter en el quicio. En estos casos no llevaba bisagras y solía tener un guiño en la parte inferior del larguero, la opuesta al espigón, para dar seguridad a la puerta al abrirla y cerrarla.

La puerta quicialera se cerraba por dentro con un garrote fuerte llamado tranca que ofrecía bastante seguridad por no haber forma de actuar sobre ella desde fuera más que rompiendo la puerta. No tenían cerco ni lo necesitaban.

Este sistema se aplicaba también a las ventanas y mucho en las cuadras y gorrineras que quedaban cerradas con un clavo o un palo a modo de cerrojo metido en un agujero de la pared, con lo cual y el espigón del quicial quedaba fija la puerta. Llamemos a ella para que el molinero quite la tranca y nos deje ver lo que hay dentro.

La puerta, enrasada con el borde interno de la obra, se abre para adentro libremente, contra la muralla de la derecha, rozando la escalera de caracol que está adosada a esta pared y que es también de yeso, con más de un metro de anchura en cada peldaño, que es aproximadamente el grosor de la muralla de la calle.

En esta escalera de forma de caracol se ponían los costales, uno en cada escalón, vertical y sobre ellos, cruzados, los que se podían sostener para aprovechar el terreno.

Frente a la escalera, a la izquierda de la entrada, la cuadra, donde llega por un canalón de madera, la vertiente de la molienda y se tienen los costales para recogerla. A la derecha de este canalón está, pendiente del techo, el alivio, contrapeso de hierro, de forma ovoi-

dea, de unos cinco kilos de peso que pende de un ramal recio y en el hueco de la escalera los atrojos de echar la maquila.

La escalera ancha llega hasta la primera planta, que es un rellano llamado camareta, también para los granos, para la vertiente del canalón de la harina de titos y para los cedazos del cernido. En la camareta se estrecha la escalera, quedando los peldaños de unos 80 centímetros reduciéndose también el grosor de la muralla. En realidad, la escalera se va comiendo la muralla, pues de lo contrario saldría en medio de la habitación.

Frente al canalón de la harina de titos, situado en la pared derecha de la camareta, hay, a la izquierda de la entrada, una gran alacena donde se guardan trastos del molino y herramientas, entre ellos las lonas con sus sogas bien dobladas. En la pared del mediodía hay una ventanilla que desde fuera se ve sobre la puerta del molino y al pie de ella, en el suelo, los tablones quitables para subir y bajar las piedras de moler. Esta delicada maniobra se lleva a cabo con el aire, estando el molino a cierzo, con las lonas puestas y funcionando. Quitados los tablones que cubren las piqueras de las dos plantas del molino, se pasa una maroma por el agujero de la piedra y se anuda y se ata al eje por la otra punta. Al andar el molino se lía la maroma en el eje y eleva la piedra entera y de canto.

La alacena forma el techo de la escalera en su primer tramo y vista por dentro, aunque espaciosa, forma una cavidad cortada a cuchillo, impuesta por la forma circular de la pared externa del molino.

En la techumbre de la camareta van los marranos, que son dos vigas enormes de madera sin san-